

## Manuel Machado, la revista *Manolita* y la tertulia de Cansinos Asséns

Luis Estepa

Además de oficiar como tertuliano ocasional y permanente espectador de la vida en *El Colonial*, el año de 1916, Rafael Cansinos Asséns reunió en torno suyo a un grupo de literatos y aficionados a la literatura en *La Campana*, una taberna cercana al mencionado café. Allí se gestó una pequeña y completamente desconocida revista literaria: *Manolita*, que revela un peculiar modo de ser y estar en el arte: el humor. Pero hay más cosas dignas de recuerdo.

La constitución de esa peña de amigos quedó plasmada, pero de modo incompleto, en *La novela de un literato*, estupenda galería de tipos y ambientes en la que, siguiendo el camino abierto por los Goncourt pero mucho más a ras de acera y en clave de ruedo ibérico, Cansinos describió con todos sus tintes y visos de mediocridad pero, al mismo tiempo, con simpatía. «Don Antonio Sancho –indica Cansinos en el fragmento que nos interesa– me insta para que le acompañe a *La Campana*, un colmado andaluz que acaba de inaugurarse en Espoz y Mina, y al que poco a poco se van trasladando todos los clientes del Sanatorio, espantados por el mal genio del hosco Victorino. El dueño de *La Campana*, un joven obeso y bonachón, que se llama Ricardo, les ha cedido un reservado donde unos cuantos literatos y periodistas, en unión de algunos comerciantes respetables han fundado una agrupación de bebedores titulada La Pecera, por el estilo de la famosa Cuerda Granadina... El local de La Pecera, un cuartito cuadrangular ostenta en el testero del fondo un cartelito con la sentencia salomónica “*Vinum laetificat cor hominis*” y la fórmula química del vino, y a su lado pende un garrote nudoso, símbolo de la autoridad del presidente».

Y aunque Cansinos no se atreva a expresarlo, la Pecera también estaba estructurada a imagen y semejanza de una real academia al uso, pues contaba con un presidente «un viejecillo, que ha hecho un capital en el negocio de las alpargatas, se llama don José Andiñón y tiene un hijo poeta, Antonio Andiñón, autor de un libro, *Salmos, trenos y jaculatorias*, que se ve en todos los baratillos» y un secretario: «don Jaime Nadal, un catalán enriquecido en el negocio de las camas; un hombre grave, protocolario, intran-

sigente, maurista y... ¡catalán!» asistidos en sus tareas por un bibliotecario: Manuel Machado, cuyo cometido era gestionar unos fondos bibliográficos consistentes en «unas cuantas postales enviadas por los socios cuando se ausentan, y en una colección de fotografías sicalípticas». El cargo de *cen-sor*, he aquí el rasgo que muestra lo intencionado de la parodia, lo ejercía Biedma, un fotógrafo de prensa especializado en retratar hombres ilustres que era «un hombre bajo, regordete, con lentes que a cada momento se está sujetando, quitando y limpiando, y no sé qué en el cuello que le obliga a mantenerse rígido. Es muy pulcro y atento, como hombre acostumbrado a tratar clientes finos y pedirles una sonrisa ante la máquina».

Entre los socios de número se encontraba también el extremeño Juan Cascales Muñoz, cuyo apellido, bien por burla consciente o por inveterada familiaridad de tertuliano, Cansinos transforma en Cáscales Muñoz sin, tampoco, hacer memoria de sus notables investigaciones sobre Zurbarán ni de su interesante edición de los poemas pornográficos de Espronceda. Algo que aquí importa. En calidad de comparsa de aquel mundo al revés construido por Cansinos, Cascales fue «un erudito, un arqueólogo y un adorador del vino de Montilla y de las huevas de atún».

No menos chuscos eran el reglamento, los criterios de acceso y el desarrollo de la actividad: «cada uno de los miembros elige el nombre de un pez. Para pertenecer a ella es preciso ser presentado por dos socios y que los peces todos aprueben la propuesta en deliberación a puerta cerrada.

La Pecera tiene un código muy rígido, cuyas penas consisten en rondas que el reo tiene que pagar, a juicio del Censor. Se incurre en penalidad cuando el socio se excede en las discusiones y ofende a algún compañero y también cuando tiene algún éxito, de cualquier clase que fuere, y no lo comunica a los demás, cuando estrena traje o botas o alguien le ha visto hablando con alguna mujer guapa. Al censor no se le escapa nada y, además recibe denuncias de los socios, que en seguida pone en conocimiento del señor Presidente. Se entabla debate contradictorio, se oye al inculcado y si las razones que alega en su defensa no son satisfactorias, cae sobre él el peso del Código. El Presidente, con voz estentórea, lanza el grito de *Zan-cuda* (el camarero, un chico larguirucho que justifica el mote) ponte a las órdenes del señor...»

Despiste u olvido intencionado, Cansinos no menciona el órgano de difusión social de la Pecera, que fue la revista *Manolita*: dieciséis páginas en octavilla, más cuatro de cubiertas, cuyo *motto* fue: *picardía, frivolidad*. Aunque no siempre actuó de modo consecuente, como luego veremos, con su intención de ser insustancial.